

D'ORS Y LA SUPERACION DE LOS NACIONALISMOS

Por Vicente MARRERO

Hay un hecho decisivo que explica el nacimiento de los nacionalismos en el siglo XIX. Aquel momento en que la nación-estado aprende la lección de que la educación es su instrumento más poderoso. A partir de ese momento, en toda Europa el progreso del liberalismo y el nacionalismo irá acompañado de la decadencia de la libertad de las escuelas y universidades y de una afirmación del monopolio educativo del Estado.

Mientras el Estado fue todavía monárquico y absolutista, como ocurrió entre los años 1815 hasta 1848, las universidades mantuvieron su independencia, rebelándose a veces ante los intentos de querer reprimir su espíritu de libertad. Sucederá lo contrario cuando el Estado, identificado con la causa del nacionalismo, encuentre sus defensores más apasionados entre el profesorado universitario.

EL NACIONALISMO DE LOS PROFESORES

Christopher Dawson, el excelente pensador e historiador inglés, conocedor como pocos de los hitos más cimeros de nuestra cultura occidental, ha tratado de localizar históricamente este hecho decisivo en Alemania, inseparablemente unida al despertar de lo que se entiende por la era de los nacionalismos. Más en concreto señala a Fichte como a su mentor, a Wilhelm von Humboldt como a su institucionador y a Suverd como a su realizador. Así, a partir de 1876, puede darse el caso del historiador Treitschke, que habiendo empezado su carrera como liberal, se convierte en el partidario más entusiasta del Estado de Bismark y en el crítico más acérrimo e intolerante de todos los que a él se oponían, fueran católicos o socialistas, polacos o judíos, conservadores sajones o hannoverianos o liberales ingleses.

En Inglaterra y en los Estados Unidos, debido sobre todo a las relaciones tradicionales de la Iglesia y las escuelas universitarias y a la ausencia de un Estado centralizador, el fenómeno del nacionalismo presenta un carácter muy distinto, si bien todos los países de una u otra forma estuvieron contaminados de su espíritu disgregador.

Hay resulta un lugar común decir que la era de los nacionalismos está en crisis; que está superada. Pero muy pocos entre nosotros han sabido explicarlo con tanta claridad como don Eugenio d'Ors, proclamando a los cuatro vientos su agonia a la par que el anuncio epifánico de la cultura.

También D'Ors considera la fase de los nacionalismos de raíz germánica y de progresivo contagio continental: «Si la noción de «humanidad» es grecolatina —escribe en *Nacionalismo, Acción*—, la de «nacionalismo», así como otras muchas que tienen con ella parentesco en la política y en la cultura, parece más bien de raíz germánica.» El ha visto cómo por los tiempos de Herder no se presenta aún huella de nacionalismo ni en Francia ni en los países latinos, importándose mucho hacer constar el carácter originariamente germánico del vocabulario activista, el de la escuela del doctor Fausto que reemplazaba «verbo» con «acción».

EL VERBO A LA ACCION

De ahí que la denuncia hecha por D'Ors de los nacionalismos tenga un alcance cultural superador de sus agudas y estéticas visiones de los endurecidos anquilosamientos nacionales. Sobre sus «constantes de dispersión», «constantes de Babel», «principios de las nacionalidades»... D'Ors ha sabido ver lo que en el nacionalismo hay de suicidio de la cultura.

Por todas partes, señala D'Ors, asistimos hoy a una agonia de la nación parecida a aquella que, al final de la Edad Media, conocieron los ducados, principados, marcas, abadías... que poco a poco fueron sumiéndose en unidades políticas más amplias. De manera similar, la década treinta, después de la euforia de los años veinte, anuncia la decadencia de los nacionalismos, la aparición de nuevas estructuras supranacionales. Y en medio de esta crisis, la gran víctima, precisamente Alemania, que, según D'Ors, se comporta en función de la ley autónoma del individuo que opera con sentido épico sigfridiano: *Sub specie solitudinis*.

Pero habría de exponerse con más detalles otras ideas de D'Ors, para que el lector no interprete superficialmente su pensamiento sobre la nación. Baste, por lo pronto, tener presente que según nuestro filósofo de la cultura: «La Patria ha existido siempre, pero la nación, no»; que «España, Francia, Inglaterra, Alemania fueron Estados antes que naciones», y que si bien rechaza el concepto naturalista de la nación como entidad absoluta o dada, reconoce que ésta debe ser sentida no de un modo rebelde e independiente, sino integrada en una unidad superior.

LAS VERDADERAS UNIDADES SUPERIORES

Esa unidad superior, según D'Ors, máxime cuando habla de España, es de una inequívoca inserción europea y de un sentido bastante peculiar y agudísimo de lo que él entiende por unidad de la cultura. Su europeísmo, de los más beneficiadores que ha conocido últimamente nuestras letras, se diferencia del de la mayoría de los intelectuales novecentistas, sus coetáneos, por su clara raigambre y superperfilada arquitectura. Su teoría de la cultura, por mucho que se discuta

(Continúa en la página 26.)

D'ORS Y LA SUPERACION DE LOS NACIONALISMOS

Por Vicente MARRERO

(Continuación de la página 20)

En algunos de sus aspectos, quedará todavía durante mucho tiempo como una de las más originales, agudas y fecundas de nuestras letras. Personalmente yo encuentro en su teoría de «la unidad de la cultura a través del tiempo, la unidad de la cultura a través del espacio, completándose con su unidad interior, superadora de la diversificación en clases sociales...», un sentido acusadamente canonicista, no siempre muy leal con la condición humana, resquebrajándose por el mismo lado que se resquebrajan las teorías de Spengler y de Toynbee. En ellas no sale muy bien parado el intercambio del complejo cultural, la cooperación de los diversos pueblos en la creación del fenómeno culto, reacio siempre a las simplificaciones.

En todo caso, lo más fecundo de la teoría de la cultura de D'Ors, en estos tiempos que tanto se habla de la cultura, de la simultaneidad y de la pluralidad de las culturas, es su rotunda repulsa a que se juzgue a nuestra cultura occidental como una de tantas; como si la realidad espiritual de nuestro orden fuese uno más del montón sin apenas excelencia alguna. De ahí el empeño de D'Ors en hallar sus notas distintivas. De ahí la veta más rica de toda su morfología histórica.

Gustaba D'Ors de referir aquel pensamiento de Pascal, que aun en el momento en que el mundo le aplastase, él sería superior al mundo, puesto que el mundo no sabría que le aplasta y él lo sabría. Análogamente —deduce—, aun cuando llegase la ocasión en que la cultura sucumbiese al empuje antagónico de la civilización de un pueblo cualquiera, por ejemplo, de un pueblo amarillo, aquélla no podría equipararse con ésta, porque aquélla, con su generosa universalidad, comprendería al enemigo, y ésta, no.»

ECUMENICO

La naturaleza humana es tal, que parece creada para identificarse con el universo. La razón de esta identificación universal, sin necesidad de caer en ninguna especie de utopismo progresista, es la misma historia de la cultura, la cual nos muestra un proceso continuo de integración que, aunque a veces parezca avanzar irregularmente, nunca cesa en su movimiento. Por encima de esa identificación universal, sólo está la que nos da la religión. Y digamos con D'Ors: «Cristo no viene de Oriente, sino de arriba.» Y añadamos, de paso, que siendo uno de nuestros grandes intelectuales que dejó volar su inteligencia por las cimas más altas del pensamiento humano, no quiso nunca que pecara contra el Espíritu Santo.

Domingo 12 de julio de 1964